Nélida Pessagno

CUANDO NADIE ME ESCUCHA

A la querida memoria de mis amigos Sara Anunzio
y Juan Carlos Vázquez Vela

Yo vengo de arrastrar horas infieles,
de cuarzo sin agujas,
cuando todos los pájaros se estrellan tras los férreos barrotes,
y una puerta cuajada de cenizas aherroja las llaves.
Yo vengo de arrastrar palabras,
y aunque armo con ellas estructuras de encaje, de arcilla, de veneno, de papel y de sangre y hasta de roca viva...,
callan, solo callan.
Yo vengo de arrastrar piedras,
y aquí estoy otra vez, siempre
como un aullido,
como un silencio.
Como si ya lo hubiera dicho todo,
arrastrando los pulsos de mi palabra vana.
Yo vengo de arrastrar silencios,
callar...,callar... y callar,
vengo de doblegar los ojos sin lágrimas,
tan mudos de palabras,
tan sordos de palabras,
tan ciegos de palabras.
Yo vengo de convocar estrellas,
de arrastrarme a los pies de sus luces impías,
espejos de mi insolente pequeñez.
Yo vengo de arrastrar pájaros,
de someterlos a pisar la tierra,
de cortarles las alas.
Vengo ahora con mis voces desnudas,
desaparecidas, sin sepulcros.
Con un poco de nada en cada mano,
rota la piel.
Vengo a decir: aquí estoy,
tan pobre, tan pequeña, desolada...
Les digo: vengo de arrastrar la última mirada,

el último pájaro, la última estrella, el último silencio,
y desde entonces,
he dejado mis voces atadas a los duros barrotes,
inmóvil, detenida en el tiempo.
Y ahora, insurrecta,
ahora, que quiero decirlo todo,
y la voz es un puño en la garganta,
ahora..., cuando nadie me escucha,
ahora..., por fin me reconozco,
¡sólo soy una piedra!
Una piedra clavada en la hondonada.

EL BANCO DE LA PLAZA

Los pájaros cruzan el aire,
graban los puntos suspensivos de la tarde.
El tiempo detuvo sus relojes y mis pies recogían las sombras.
Aquí, en el banco de la plaza,
aquí mismo, donde quedaron abandonados
nuestros besos, —breves eternidades—,
el calor de tu mano en mi cintura,
las promesas,
las venas ardorosas que convocan al torrente de sol.
Nota tan breve y pura, cuando la luz lo iluminaba todo,
¡restallante!,
llamarada, estallido con la medida de todas las pasiones.

Piel y sangre.

El tilo perfumaba mi cansancio y mi largo abandono
se posa en las verdes agujas de la hierba,
más allá de la luz, ceniza de los días.
La sombra de las hojas dibujaba nuestras horas
perdidas.
Los ojos derrotados.
—El no, es ahora un monosílabo de fuego—
En carne viva, entonces, tuve miedo.
Los recuerdos ahogan, embalsaman la vida y el
fervor de la muerte resplandece,
y cruzando de horizonte a horizonte, tu ausencia
planetaria..

Como una fiera herida, palpitaba mi pena.
—Ya no era la misma—
El alma desterrada.
Un río de cruces flotaba en el agua fatal de la memoria.
El agua...,
la que al siguiente vuelo de sus olas descalzas, ya no vuelve
y ni siquiera teme al augurio del alba.

—No, no..., ya no era la misma—
No obstante, quise ser,
quise releer el libro escrito con mi sangre,
barro ardiente de la piel y la risa,
pan de sueño caliente todavía.
Un templo que subsiste pese a todo,
—todo el amor clavado en un madero—.
Lo que nació en mi mano, he de enterrarlo ahora en lo hondo
del pecho,
a piedra y plomo.

Oscurece...
El cielo ennegrecido, luce ya sin su gavilla de
pájaros,
belleza taciturna,
museo de lágrimas.
Se apaga el cirio de la tarde claudicante.
Todo se ahoga de pena,
el viento es la cadena del sollozo,
un antes y un después.
La hora descontenta de su jaula,
y un tiempo que desnuda cada hueso,